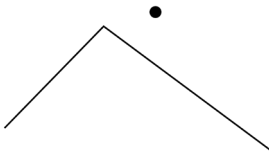


DESIERTO



Desierto, 2019

©Gabriela Mistral (1889-1957)

©Ediciones del Desierto Ltda.

Volcán Lascar 67, Ayllu de Solor, Comuna de San Pedro de Atacama,

Región de Antofagasta

diego@edicionesdeldesierto.cl

I.S.B.N Digital: 978-956-9693-22-9

Edición: Diego Álamos Mekis

Diseño y diagramación: Magdalena Contreras Mekis

Imagen de Portada: Retrato de Gabriela Mistral por Magdalena Contreras
Mekis, 2018, óleo sobre papel

Primera edición, mayo 2020

La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela Mistral.
Lo equivalente a los derechos de autoría son entregados a la Orden Franciscana
de Chile, para los niños de Montegrande y de Chile, de conformidad a la
voluntad de Gabriela Mistral.

Todos los derechos reservados.

GABRIELA MISTRAL
DESIERTO

*Hay que intentar tomar la poesía
en sí misma como se toma un
pedazo de cuarzo para ver en él las
líneas, las sombras y colores. En
ellos pueden estar el amor, el dolor
causado por las cosas que eran
nuestra dicha.*

Palma Guillén (1973)

ÍNDICE

Nota sobre esta edición [10](#)

POESÍA

La extranjera. Tala [15](#)

Desierto. Poema de Chile [17](#)

Atacama. Poema de Chile [22](#)

Golondrinas del yodo. Lagar II [25](#)

Volver, no. Almácigo [29](#)

En tierras blancas de sed. Poema de Chile [33](#)

El santo cactus. Lagar II [36](#)

El espino. Desolación [38](#)

La fuente. Poema de Chile [41](#)

El agua. Ternura [43](#)

Cobre. Poema de Chile [44](#)

Me voy de la Tierra dura. Almácigo [46](#)

Había un mocetón blanco. Almácigo [48](#)

Noche de metales. Poema de Chile [55](#)

Noche andina. Poema de Chile [58](#)

Balada de la estrella. Desolación [62](#)

Constelaciones. Poema de Chile [65](#)

Al mar. Lagar II	<u>68</u>
Cordillera. Almácigo	<u>71</u>
Montaña y mar. Lagar II	<u>77</u>
Soneto de la muerte. El Mercurio de Antofagasta (4.2.1912)	<u>81</u>
Sonetos de la muerte. Desolación	<u>83</u>
El corro luminoso. Ternura	<u>86</u>
La fuga. Tala	<u>89</u>
La que camina. Lagar	<u>93</u>
La otra. Lagar	<u>99</u>
Despedida. Poema de Chile	<u>102</u>

PROSA

La pampa del salitre. Gabriela anda por el mundo	<u>107</u>
El desierto de la sal. El Debate de España (15.9.1934)	<u>113</u>
Antofagasta. Vivir y escribir. Prosas autobiográficas	<u>119</u>
Yo me crié en Montegrande	<u>129</u>
Pequeño mapa audible de Chile. Gabriela anda por el mundo	<u>131</u>
Bibliografía	<u>141</u>

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

El desierto para Gabriela Mistral tenía una presencia terrible, era el lugar inhabitable, estéril. Pero también era un espacio de tránsito para “La que camina” o para la Taruca o Huemul del norte, que seguramente participa del *Poema de Chile —en cervato del Desierto*, le dice—; desierto que se recorre para llegar a la vida o a la muerte, pero que nunca se establece como el lugar donde la poeta construye su casa. Le admira, le teme, le ama llena de un reverente respeto: *abuelo Desierto, padre Desierto*. Así, esta geografía que casi toca su valle del Elquí, cercándolo por el norte, también es el escenario del borbotón de agua y de la vida. Por otra parte, su elogio de la pampa salitrera involucraba al salitre como el mejor abono, tanto como la fuerza humana para sobrellevar la sequedad atacameña. Los “Sonetos de la Muerte” (1914) los escribió o, bien, los fue desarrollando hacia 1912 en Antofagasta durante su estadía de 18 meses como inspectora y profesora de Historia en el Liceo de Niñas; aquí rescatamos un proto “Soneto de la muerte” publicado en el Mercurio de esta ciudad. Le conocía bien, no le era extraño, aunque cabe añadir que el desierto siempre actúa de contrapunto: un lugar tan cerca, tan lejos del Valle del Elquí, de Nápoles, de México querido, de Magallanes. El desierto es la tierra ardiente, la pelambarrera, en realidad el significado de “desierto” en Mistral es literal, donde no hay nada ni nadie, pero donde todo se preserva:

*¡Qué dura tiene la índole
sal sin ola y devaneo,
pero qué noble los guardas
enteros después de muertos!*

Y el desierto de Atacama, el más árido del mundo, cumple perfectamente con la palabra.

Los poemas y textos aquí seleccionados proponen alguna relación con el desierto, ya de forma directa, ya como recurso literario de Mistral usado en la dualidad valle, mar/desierto; cobijo/desamparo. Pero el orden de los poemas no ha querido ser cronológico, sino que intentamos una lectura que fuera desde lo más alusivo a lo menos, partiendo desde “La extranjera” —que define a la poeta como alguien con *el resuello del desierto*— para llegar a lo específico de la materia (“Cobre”, “La fuente”, “Me voy de la tierra dura”), y solo finalmente a aquellos poemas que se lo alude con fines mayormente retóricos (“La otra”, “Sonetos de la muerte”); para las prosas, lo mismo: empezamos con artículos situados como “El desierto de la sal” para terminar en “El mapa audible de Chile”, texto final que se abre a otros climas y paisajes.

Por último, acá podrás encontrar poesías de todas las obras de Mistral, en especial del *Poema de Chile*, libro póstumo —acaso su obra más querida—, donde la poeta se hace fantasma para recorrer todo Chile en un viaje de evocaciones y despedidas. Gabriela Mistral, en su vertiente geográfica, consigue darle forma al Desierto de Atacama, dotándolo de palabras y de sentido.

Así, este pequeño libro se ofrece como cobre, salitre, yodo o sal, haciendo resplandecer los minerales mistralianos.

En San Pedro de Atacama, a 16 de octubre de 2019



POESÍA

LA EXTRANJERA

A Francis de Miomandre

“Habla con dego de sus mares bárbaros,
con no sé qué algas y no sé qué arenas;
reza oración a dios sin bulto y peso,
envejecida como si muriera.

En huerto nuestro que nos hizo extraño,
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.

Alienta el resuello del desierto
y ha amado con pasión de que blanquea,
que nunca cuenta y que si nos contase
sería como el mapa de otra estrella.

Vivirá entre nosotros ochenta años,
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que le entienden solo bestezuelas.

Y va a morirse en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con solo su destino por almohada,
de una muerte callada y *extranjera*.”

DESIERTO

Vamos a hacer por la ruta
un pacto de compañeros,
porque ya vamos entrando
al país del desconsuelo,
a la costra que pardea,
al pobre Abuelo Desierto.

El Dios de los pastos verdes
que hizo los huertos tacneños
nos dio por su voluntad
la pelambre del Desierto;
y esta calavera monda
y este crepitar de fuego
fueron también mi heredad,
y yo no me los reniego.

Desiertos viví y morí:
me los tuve y me los tengo
y, de ser fiel, todavía
su salada arena muerdo.

No mires, que no, la arena
y el cascajo, corto y terco.
A ver si te duermes hasta
que aparezca un arroyuelo,
siseo de aguas, rebrillos
de aguas vivas yo no veo.

Parece que a cada paso
nos tomara su mano ardiendo.
Parece que es él no más
y su compadrazgo, el viento.
Parece que te engañase con burla,
conseja o cuento, pero el Desierto

se llama dentera, castañeteo,
la garganta ensalmuerada
y todo tactos de fuego.

Tasca tu lengua por agua;
solo el agua es tu deseo
y abajándote a la arena
te sollama este brasero.
Si divisase quebradas
te bajaría corriendo.
Lo que yo te doy de niebla
y de corto aliento fresco,
es el vaho de mí misma,
es lo que llevo de cuerpo.

La tierra nada te da,
pestañado con miedo,
déjate cargar, llevar,
aupado, mi pequeñuelo.

No corcovees, no rompas
el poco bulto que llevo;
no te revuelques así,
traveseador, rapazuelo,
mira que empolvas de más
cejas y pelambre y cuello.
Sosiega de una vez, cierra
los ojos, llama tu sueño.
Yo te iré canta-cantando
canción que dice el Desierto.
Tú duerme hasta que él se quede
solo o con todos sus muertos.

—*Duérmete en alma y sangre,
en cervato del Desierto.
Bien si acaso te despiertas,
bien si demora tu sueño:
bueno es vivir y morir,*

ser creado y disuelto.

*Duerme tú, duermes hasta
que en cristiano despertemos.*

*Jugarreta con lomillo
y pezuñitas y vellos,
duermes a mitad de la sal,
la pelambre y el desuello,
el belfo blanco y salobre,
los lagrimales sangrientos.
Te guardan los ojos fijos
De la que ceta tu sueño.*

Y el velludito se va
como rama desprendiendo,
cargado del sueño suyo,
del pedregal y del médano.
Ya está parado en su bien,
rico de tiniebla y sueño.

ATACAMA

En arribando a Coquimbo
se acaba el Padre-desierto,
queda atrás como el dolor
que nos mordió mucho tiempo,
queda con nuestros hermanos
que en prueba lo recibieron
y que después ya lo amaron
como ama sin ver el ciego.
El sol ya coció su piel
y olvidaron verdes huertos
como la mujer que olvida
amor feliz por infiernos
o el penitente que tumba.

No vuelvan atrás los ojos
pero guarden el recuerdo
de los que doblados tapan

sal parecida al infierno,
la hallan y la regustan
en el yantar, en el deajo,
y son como ella los hizo
de los pies a los cabellos,
y la terca sal los guarda
íntegros hasta de muertos.
¡Qué dura tiene la índole
sal sin ola y devaneo,
pero qué noble los guardas
enteros después de muertos!

Vamos dejando el cascajo
y las arenas de fuego,
y vamos dando la cara
a olores que trae el viento
como que, apuntando el agua,
vuelva nuestro ángel devuelto.

GOLONDRINAS DEL YODO

Del desierto de Atacama,
moradas de amanecer,
las golondrinas del yodo
suben todas de una vez.

Vuelan espejos andinos,
ciegas de su ciega Fe,
una por cada hombre herido
y el otro que va a caer.

Vuelan dormidas tres mares
sin coger alga ni pez
y no paran en las Islas
ni por juegos ni por sed.

Oyen gritos de penínsulas
que no las hacen volver

y en duna africana posan
con su abrasada merced.

Entran por los hospitales
en bandada y en mudez,
abren las lonas embreadas
y van, mansas, a caer

en cofias, manos y vendas,
plegadas como el Amén.
Tanteando llegan a Lázaro
y hallan su pecho y sus pies.
Los soldados malheridos
en su capullo candiel
se alzan desde su resuello
de algodones, para ver
las golondrinas que cosen
y cosen sin escoger
piel australiana, brazos galeses:
carne acostada sobre Argel.

Ellas se hunden las llagas
sin volver a aparecer,
ellas no ven al que salvan
y el salvado no las ve,
golondrinas requemadas
de su amor como Raquel,
ocres al rasar la llaga,
sombrias al parecer.

En fantasmas acongojado
llego al campo del inglés.
Cuento soldados heridos,
las cuento a ellas también.
Yo las exprimo y las cargo
como el pescador la red,
y las sepulto en las dunas
a la luz de su rojez,
en un respunte y una hebra
de yodo y de sangre fiel.